

ciu atrás).
ADRIANA (lo recibe de pie, trémula, agría, livida, casi hostil) — ¡Has venido demasado pronto! Fausto no ha vuelto aún.

EMILIO — Tu marido me invitó a almorzar a las 13. Llego a las trece menos cuarto. Tenía derecho a creer que estaría en casa. Pero si no está, poco importa. ¿Te molesta que, al regresar, me encuentre aquí contigo...? No será la primera vez.

ADRIANA — Hoy es distinto.

EMILIO — ¿Por qué? Nada ha cambiado. Anoche vi a tu marido. Tranquilísimo, cordialísimo. Con la mayor desenvoltura me pidió un favor. Lo cual, naturalmente, me fué grato. Me pidió que le presente y le recomiendo a mi editor, que está en Nápoles, de paso. Se lo prometí. Y entonces se apresuró a comprometerme: "Mañana vendrás a almorzar a casa; así no te escaparás...". ¡Pobrecito! Quiere colocar su novela "Aracne". Un masacote indigesto... Pero yo le diré de ella a mi editor todo el bien que estoy lejos de pensar. Y espero convencerlo.

ADRIANA — ¡Fausto finge! ¡Fausto lo sabe todo!
EMILIO — ¡Oh, no! ¡Absolutamente!

ADRIANA — Fausto lo sabe todo y prepara una atroz venganza. Cada uno de sus actos puede ser una trampa que nos arma a los dos... puede ser la preparación de un crimen.

EMILIO — ¡Bah...! No es capaz de semejante cosa. Tu fantasía te hace delirar. Te conozco.

ADRIANA — Sin embargo, lo que te digo está documentado.

EMILIO — ¿Documentado?

ADRIANA — Hace media hora, según mi costumbre, puse flores en su escritorio. Cada vez que encuentro papeles escritos, los leo. No te ocultaré que me interesan. Los papeles que lei hace media hora contienen el borrador de un cuento: posiblemente la primera parte. El motivo más antiguo de la literatura. El consabido marido engañado por la consabida esposa y el consabido amigo íntimo. Un escritor tan ávido de originalidad como lo es él hubiera rehuido un tema tan viejo si no le guiara algún propósito especial. Y ese propósito especial es muy claro. Todos los detalles de la traición son

ROBERTO BRACCO

ILUSTRACION DE JUAN CARLOS HUERGO

similares a nuestro caso. Tú, él y yo estamos retratados con levisimas variantes. En vez de ser escritores, tú y él sois pintores. Yo, en vez de ser rubia, soy morocha. El marido sospecha de la traición, busca los rastros, logra descubrir indicios ciertos. El marido reconoce el perfume de la mujer: mi perfume. Con pocas pinceladas, está descripto todo lo que nos concierne. El marido, frío, prudente, astuto, cruel, implacable, se encierra en la perfecta simulación de una indiferencia ignorante y se promete vengarse despiadadamente.

EMILIO (ansiosamente) — ¿En qué forma?

ADRIANA — A esta altura se interrumpe el cuento.

EMILIO — ¡Claro está...! Tenía que interrumpirlo. Y seguramente no lo terminará, porque lo que escribió te estaba destinado a ti, para que lo leas, ya que todos los días le pones flores en el escritorio. Hubiera sido absurdo comunicarte a ti, y por consiguiente a mí, el programa definitivo de la venganza. (Reflexiona). Pero... un momento. Me induces a salirme de la lógica. Si fuera cierto que se ha pintado en el cuento en que un marido, después de recoger las pruebas de la traición de su mujer, se resuelve a fingir lo que ignora, ¿cómo se explica que haya querido desmascarse a propósito, haciéndote leer lo que ha escrito?

ADRIANA — ¡Convengo en que nos encontramos ante un enigma!

EMILIO — Y en vez de reconocer que existe un enigma, ¿no podemos lógica y sencillamente considerar que, en realidad, tu marido no ha dejado de ignorar lo que ha ignorado durante dos años? ¿Y no podemos admitir que el cuento sólo sea un producto genuino de su creación artística? Nada nos impide suponer que pretende renovar con su arte el motivo más viejo y desusado de la literatura. Sería una pretensión fatua, como todas las pretensiones literarias. Dices que él, tú, y yo estamos retratados en

el cuento. Pero tú misma has descubierto algunas diferencias, y quien sabe cuántas más te han escapado a causa de tu consternación, mientras, por otra parte, has atribuido gran importancia a inepticias insignificantes. Por ejemplo, el perfume, ¡tu perfume...! Dios mío, un escritor, sin quererlo, saca, para su trabajo, pequeños elementos de verdad de las personas que tiene cerca. Eso es evidente. En resúmenes cuentas, no me parece que tengamos motivos de considerarnos perdidos.

ADRIANA — Te empeñas en engañarte. Te aconsejo que aproveches su ausencia para ir a leer los papeles que ha dejado sobre su mesa.

EMILIO — Sí. Voy a leerlos. Y no dudo de que... (Suena una campanilla eléctrica).

ADRIANA — Quédate aquí. Siéntate. Y te recomiendo que tengas cuidado. ¡Sangre fría, valor! (Alzando la voz con ostentación)... Así son ustedes, los escritores. Si no se habla de ustedes, se aburren terriblemente. ¡Es inútil que proteste, amigo Emilio...!

Llega Fausto. Es algo gracioso. Tiene una cara fresca y rosada de hombre feliz. Saluda alegremente al "ilustre colega". Roza con los labios la frente de su esposa. Luego, prorrumpen en un torrente de palabras, en que naufragan las pocas frases que logran pronunciar en su esfuerzo de disimulación los otros dos, cada vez más perplejos y llenos de miedo. Cuenta lo que ha hecho por la mañana y bromea, comenta, divaga. En primer lugar, ha querido comprar un regalo para ella. Es nada menos que un sombrero de Madame Hortensia. Se ha atrevido a elegirlo él mismo. Lo ha elegido más con el corazón que con los ojos. Pero su corazón ha tenido siempre buen gusto. Sí. De vez en cuando le complace premiar los méritos conyugales de su esposa, que dan felicidad a su hogar. Como escritor, es modernista, pero como marido, es reaccionario, y se vanagloria de ello. ¿Y qué más ha comprado...? Una tor-

botella de Málaga sin sorpresa. El no podrá beber, porque los médicos le han prohibido el vino. Pero lo ha probado en la tienda para asegurarse de que no le daban, como Málaga auténtico, una mezcla de azúcar y de veneno. La botella que se llevará a la mesa destapada será una garantía para el huésped. ¡Nada de veneno...! ¡Demonios! Darle veneno a un amigo que ha prometido un gran favor sería una ingratitud prematura. ¿Y qué más ha comprado...? ¡Adivinen! Ha comprado un revólver. Ver para creer. Lo saca de una pistolera de cuero que cuelga de la cintura, debajo del saco. No le servirá ni para matar ni para matarse. Es el más pacífico y feliz habitante de la tierra. Lo necesita, en cambio, para la exacta construcción psicológica del protagonista del cuento que está escribiendo. Teme incurrir en una interpretación falsa. Tiene que penetrarse de lo que siente el protagonista. Tiene que ponerse en su situación, meterse en su ropa, en su piel, en sus nervios, en su alma. Tiene que suggestionarse. Tiene que seguir, en cierto modo, el procedimiento de imitación y asimilación del actor. Tiene que componer en sí mismo la sensibilidad y las sensaciones de un pobre hombre que es lo contrario de un facinoroso, de un sanguinario, y que trata obstinadamente de familiarizarse con un revólver para vengarse en gran estilo. Eso será lo más curioso del cuento. Eso será nuevo, novísimo.

Fausto jura que nada semejante ha sido imaginado jamás por un escritor. Parece entusiasmado por su idea. Y también le parece nuevo y curioso que él, su autor, no esté en condiciones de establecer cómo terminará el cuento. El final será determinado por el estado de ánimo al cual puede llegar suggestionándose.

— Así que — concluye Fausto — me pregunto si el protagonista llegará o no a utilizar la pequeña arma de fuego para enviar al infierno, o por lo menos al purgatorio, a los que le han causado el daño.

La criada anuncia: — El almuerzo está servido.

● ●
¿Y después...?

GREGUERIAS SPORTEÑAS

EN los palacios sobran veinticinco balcones porque sólo hay uno abierto y con luz.

Tienda de objetos de corcho. No se sabrá qué hacer con el corcho hasta que nazca el cocinero que sepa guisar el corcho.

El deshollinador de sombrero de copa ya tiene motocicleta... Pronto tendrá automóvil y descenderá de su magnífico coche para desatracar chilenas.

Los galgos escultóricos y broncíneos de la Avenida Alvear dan un gran empaque a la ciudad como si fuesen los galgos de todos y estuviesen esperando irse en cualquier coche de los que pasan.

Ya que no nieva en la ciudad, los comerciantes han inventado la nieve de los escaparates, en copos de algodón que dan miedo.

Cuando al presenciar el espectáculo de planchar sombreros se les ve despidir humo, so presiente que están siendo quemadas las malas ideas que se pegan a los sombreros.

San Lorenzo debía ser el patrón de Buenos Aires porque fué el santo al que asaron en una parrilla.

Aparecen frios de distinta clase para agrado de todos... Frio de Rusia, frio de Florencia, frio de Madrid, frio de Lisboa, frio de Francfort.

La especialidad de los fotógrafos de Buenos Aires es hacer fotos de ensueño.

Las primeras gotas de lluvia sobre los parbrisis son como sus lágrimas. Parece que se ha puesto a llorar de pronto el automóvil.

De las palabras "tonto" y "soso" brotó "sonso".

Se sabe que detrás de las buhlingueras calles, respaldando la ciudad como el "aceptado" que se escribe detrás de un cheque, están los graneros, los silos, los imponentes "docks".

Las fuentes de la plaza del Congreso quieren derrochar agua porque tienen ríos propicios a su alrededor.

En los cafés de hombres solos en que hay vitroleras o señoritas músicas, las miradas hacia la al-

tura en que están ellas parecen miradas de almas del purgatorio dirigidas al cielo.

Están tan sobrecargadas de bombones las confiterías, que se piensa que la cosecha de ellos en América es superabundante... Si sigue así, habrá que tirar bombones a los ríos.

Frente a la frase "relojeando la carrera", se piensa que lo que hacemos viviendo es ir "relojeando la vida".

Son mujeres las que tocan el arpa, porque si fuesen hombres habría que llamarlos "arpistas", y eso suena muy mal.

Como Buenos Aires es una ciudad de remates rápidos, en seguida remata hasta sus nieblas.

Aquí es donde suenan más los chirridos de los frenos de automóvil en el encuentro de las esquinas. Son frenados como caballos a los que los dos jinetas tiran de la serveta cuando ya iban a encontrarse.

Los que telefonan en los mostradores de "bar" o café parecen confidenciar con el secreto de la caja registradora o estarse tomando gratis el "cocktail" de la conversación o hablando con la botella perdida.

¿Cómo han podido dar abasto para tantos carteles de "Se aquilla" los pobres rotuladores?

El vendedor de caramelos y de cigarrillos en cucurril callejero parece confesor de la calle preparado para recibir esa confidencia del transeúnte que no quiere oír nada.

El Congreso está tan iluminado de noche que parece que siempre hay sesión nocturna.

Es curioso que en las fruterías y verdulerías se mezcle a los canastos vegetarinos el canasto de las pérdidas, como si aquí fuesen las pérdidas una especie de berenjenas animales.

Es donde hay los mejores retratos de novia. Novias que quizá no llegaron a casarse, que se quedaron en ese traje para no perder la pureza fotográfica de ese día.

Los jardines en esqueleto del "tennis" son como páginas en blanco de la ciudad.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

calanços enseñan mas que las Universidades, la verdad es que la mayoría de los estudiantes encarcerados quedan con el espíritu fuera de quicio y la inteligencia a medio burlar.

El pulimento de un alma, como el del mármol, debe hacerse serena y armoniosamente, y entre los alaridos agudos de una lucha pasional. La cinceladura del espíritu de Moheno, por contrario, se empezó a hacer a método y entre gritos estridentes. No solamente cambió de escuela, sino que interrumpió la carrera de la medicina para iniciar se en el estudio de la abogacía. Estos saitos en el terreno universitario revelan desorden intelectual, vocación incierta, falta de disciplina y, naturalmente, tienen que determinar una instrucción trunca y llena de vacíos.

En vista de estos antecedentes caóticos, no es extraño que la juventud de Moheno careciera colorido y de brillantez. Al terminar sus estudios, llevó en provincia una vida sin importancia, aunque cada vez que subía a la tribuna se expresaba con propiedad y hasta con algo de lucimiento, nadie entonces podía sospechar que, con el correr de los años, iba a ser uno de los oradores máximos del idioma castellano.

En su mayor parte los antirreleccionistas de 1892 acababan formando parte del gobierno o general Porfirio Díaz, y como Moheno no fué una excepción, triunfó del movimiento revolucionario de 1910 lo encontró ocupado una de las curules del Congreso Federal. El Sr. Madero necesitaba de amigos en la Cámara de Diputados, y lo lógico fué que los procurase entre aquellos que habían tremolado la bandera antirreleccionista veinte años atrás. Moheno entró en el maderismo, porque eso era lo lógico, lo lógico también fué que al instalarse el nuevo Congreso, 1912, el gobierno maderista intentase aprovechar la experiencia de Moheno para encauzar los debates parlamentarios.

Por desgracia para Madero para Moheno, aquél no supo valorizar los méritos de éste y no dió la importancia que le correspondía. Para don Gustavo Madero — que era el "leader" del gobierno en aquel Congreso —, Moheno estaba por debajo de muchos otros diputados de segunda categoría. No hay que reprochar este error, porque en 1912 era posible prever el desarrollo gigantesco de la personalidad de Moheno. Nadie se imaginaba que quien figuraba como colaborador mediano en las filas maderistas al pasarse a los escaños de oposición se iba a convertir en una montaña.

Y eso fué lo que sucedió: pronto como Moheno se vió libre de las ataduras oficiales, amplió su figura parlamentaria, proporciones fantásticas. Y no quedó allí, sino que empezó a crecer en forma tan inusitada

Sevilla

ME moriré sin te una novia sevillana de Santa Cruz o Triana había de

Por andaluz y sentimental y violento de feria, rosario y que fuera toda la y que viviera en la en la cal de la Pim